

Viaje al corazón de la vejez

Jara BEDMAR PECELLÍN

Eran las cinco de la madrugada. Aún seguía despierto. Algo oscurecía mi pensamiento como si de niebla se tratase. Mi sueño se había desvelado hacia las cuatro. Esa noche, mis sábanas no eran de buena compañía.

Decidí encender la luz de la mesilla. Me encendía un cigarrillo negro y tambaleando, salí de la cama. Cogí mis roídas zapatillas, mi viejo batín a cuadros marrones y negros ya descoloridos y lentamente, apoyado en mi bastón de marfil de primeros de siglo, anduve hasta el aseo.

Al mirarme en el espejo, no vi mi rostro. Allí sólo había sienes teñidas de blanco y horribles arrugas que revelaban al menos ochenta años. Pero ese no era el rostro que yo recordaba tener. Ese anciano que, en la noche se me presentaba bajo la bombilla más tenue de la casa, no era yo. Estaba seguro.

Pensé que igual aquel caballero que se postraba frente a mí se había autoinvitado. Así que, recordando las buenas costumbres con las que había sido educado, le invité a una taza de té. Pero no me contestó. Me quedé sorprendido y lo intenté de nuevo, esta vez, añadiendo al convite anterior unas magdalenas. Pero no obtuve respuesta alguna. Ni siquiera me dio las gracias.

Extrañado por su poca cortesía, decidí dar media vuelta y volver a la cama. Seguía temblando de frío y su mala educación me había dañado el orgullo. En ese momento, vi caer ceniza de mis resquebrajados labios. El cigarro se había consumido por completo. No sabía cuánto tiempo llevaba frente al espejo ni cuánto había pasado desde que decidí dirigirme al caballero por primera vez. Por prudencia y con educación, nuevamente me volví hacia él para disculparme.

Fue entonces cuando mi corazón se estremeció por completo. El caballero seguía allí, inmóvil, en la misma postura que yo, con el mismo batín y el mismo gesto. Su boca también sostenía una colilla blanca, quemada y apagada como la mía. ¡Era yo!.

Tiritando, como si todo el invierno de la noche se hubiese adentrado en mis venas, corrí tanto como pude hacia mi habitación para despertar a mi esposa. Pero la habitación estaba vacía. Sólo vestía un febril silencio. Ella no estaba. Asustado, miré el reloj. Pero la poca vista que me quedaba no me dejó ver las agujas. Sólo pude fijarme en el día que marcaba, el 12 de noviembre de 1992.

Y mientras que mis ojos emanaban lágrimas ensangrentadas, supe que aquello que desveló mi sueño era tal fecha. Hacía un año de la muerte de mi querida mujer, de mi amada esposa, de mi compañera.

Enfermo de amor, me arrojé con la soledad de mis sábanas. Agarrando fuertemente mi almohada, quise que las horas pasaran. Pero la memoria me envolvió con recuerdos. Sabía que estaba allí. Ella, se había despertado para hacerme feliz en aquella lúgubre noche. Ella, no quiso dejarme solo y vino de nuevo a su humilde casa, para decirme que la vida y el alma aún en mí, no se acababan.

Por incierto que parezca
Hoy, después de tanto tiempo,
Vuelvo a enfrentarme a la realidad de las odas.
Remuevo mi mente y me adentro en mi ser
Para hacer lo que antes hacía: escribir
Para sentir lo que antes no podía: el sufrir
Escribir sin sentido mi daño interior
Porque hoy, después de tiempo,
Vuelvo a sentirme en desdicha
Sin tu querer ni tu canción.
Sufrir en silencio un dolor superior
Porque hoy, después de años,
Vuelvo a sentir la mentira de cerca
De tus labios: la traición.

Tú; brusco rumor del bosque.
Tú; trueno, portazo y hombre.
Tú; haces que tiemble el cielo
Estalla el llanto... al fin la muerte

Tú; viento, frío incandescente
Entre el día y noche... tú.
Tus pasos llaman a mis sueños
Tus garras llaman a mi puerta
Tú; desequilibrio andante. Imparable tú.

Guardas grave silencio
Y me vuelves la espalda
No hagas que lllore
No imagines más mi muerte
Que sola desvaneceré en el tiempo.

Frágil niña de vidrio y porcelana
Como peligro en tu vida... romperé mis cantos
No soy yo quien pueda erguirte
Ya no soy la niña de tus antiguos y tristes regazos.

Cuando el ocaso cierre tus ojos
Cuando la lluvia aguarde un instante
Cuando parezca todo perdido...
... piensa en mí... amor.

Cuando la luz del ahora parezca izar su bandera
Cuando el sueño eterno te acaricie la frente
Cuando el sudor de tu cuerpo esté frío... o ardiente
... piensa en mí... amor.

Déjame rozar tu dulce alma
O también la fragancia de tus besos
Enfémame de rosas y espinas si hace falta
Pero no me dejes sola, no en esta madrugada.

Óyeme, embriágame, sálvame... divinas palabras.
Santifícame, congoja y anega mis súplicas.
Eres teclado en mi partitura de la vida
Mis llaves del amparo.

 Mi cuerpo en ti
En cirios de fuego incandescente se convierte
 Y de él se resbala mi pecado
Como gotas que sobran en las noches de cariño desvelado.

Y bebía de ti, de tu nombre, tu ánima
 Y nos bañamos en pecado
Yo empapada en tus húmedas palabras
 Sin querer romper la noche
 Ni que diera paso la mañana

 No quise entonces conocer
 el sol que al son aguardaba
 Ni quiero aún despertar de ese amor
que nos empujó a sentir por primera vez
 amor a horcajadas
Hoy, aún en mí, brilla aquella luna en mi ventana.

 De tu boca seductora
Me haces beber sin prejuicios
 Derramando suntuoso
 Tu sonrisa y mil susurros

Le canto a las soledades
Flamenco negro, tintero y plumín.
Porque todavía no sé vivir sin él,
Ni morir sin vivir en mí.

No deseo despertar la locura
Que brota de cada uno
Pero en este campo sin límites
Lo raro es poseer dulzura.
Qué daño me hago a mí misma
Cuando pienso en lo que soy
Sabiendo que aún... apenas sé qué es eso.

Dime luna, luna llena
¿Qué guardas tras tu azul
Qué es aquello que ocultas
Tus senos que brillan,
cuando cantas y me das tu luz?
¿Qué es esto que siento al verte,
Al oírte o recordarte,
Que siento tan dentro
Como si fuera a verte dar a luz?